

Lo que caracteriza á la física de cada mundo, es pues una gran variedad, una gran diversidad de naturaleza, sea en su astronomía, sea en su cosmogonía y en sus consecuencias, sea en su geología, ó sea en fin en todos los elementos especiales que los distinguen.

Sin salir de los rigurosos límites trazados por la enseñanza de la Naturaleza, debe pensarse que en general los habitantes de los otros mundos se diferencian esencialmente y en todo los habitantes de la Tierra; y esta concepción amplia é indefinida estará mas cerca de la verdad que todo sistema estrechamente edificado sobre conjeturas. ¿Quién nos dirá la naturaleza de estos planetas iluminados por varios Soles, cada uno de los cuales tiene su brillo, su color, su intensidad, su extensión y sus movimientos propios? ¿Quién nos dará los caracteres de esos mundos oscuros alrededor de los cuales centellean mundos luminosos de diferentes intensidades, mundos que representan así en ciertos puntos del espacio una imagen del falso sistema que habían imaginado antiguamente para la Tierra? ¿Quién nos hará conocer la climatología y la biología de esos astros variables, que resplandecen y palidecen sucesivamente, las de esas estrellas que se iluminan y se apagan alternativamente, y en qué condiciones de habitabilidad se encuentran los planetas que les pertenecen? ¿Y la uronología de esa inmensa multitud de creaciones astrales cuya ausencia no hemos podido todavía ni aun siquiera adivinar, porque nuestra vista solo puede percibir las regiones luminosas mas cercanas á nuestra Tierra?

Bien temerario, por tanto, sería el que pretendiese señalar un término á las operaciones de la Naturaleza, y muy engañado estaría el que creyese ver en el cielo la imagen de la Tierra! La analogía, ese método seguro y fecundo, tiene sus límites mas allá de los cuales se hace inaplicable; la analogía es preciosa para nuestra doctrina,

pues le debemos argumentos rigurosos; pero no podría conducirnos al conocimiento de los caracteres particulares inherentes á cada uno de los mundos del espacio.

En el libro de la *Fisiología de los Seres*, de esta obra, hemos expuesto cuán prodigiosa variedad se manifiesta en las producciones de la Tierra; hemos visto que todo ser nace armoniosamente organizado, segun las condiciones de existencia reunidas alrededor de su cuna, y que aun despues del nacimiento, en el curso de la vida, la acción de los centros influye poderosamente sobre el organismo y modifica lentamente el estado primitivo originario. Esta es la enseñanza de la naturaleza terrestre de la Tierra, átomo infinitamente pequeño en la universalidad de los mundos. Pues, si la Tierra es tan rica en su exigüidad, si la variedad de sus producciones es tal, que no existen dos hojas semejantes, dos hombres idénticos, ¡cuál deberá ser la opulencia de los vastos cielos y de sus mosaicos de estrellas! ¡Cuál es el número de especies que una potencia tan maravillosa ha multiplicado en todos los puntos del espacio! ¡Cuál es esa infinidad de existencias que han germinado en los campos de la extensión bajo el soplo fecundante de la Fuerza de vida!

Pero aun cuando la observación terrestre no nos indujera á reconocer una variedad infinita en las riquezas de la Naturaleza, la razón nos conduciría al mismo resultado, transportándonos á los orígenes, y mostrándonos en la diversidad de esos orígenes una prueba irrecusable de su diversidad presente. Aun cuando los elementos atómicos fuesen los mismos para diversos astros; aun cuando hubiese una unidad de sustancia para varios mundos ó aun para todos, no por esto existirían la homogeneidad y la identidad en las combinaciones que se operan en cada mundo en su primera edad, porque las circunstancias y las condiciones fueron diferentes para cada astro. Aquí, el calor solar dominó sobre el calor central planetario;

mas allá, este fué el mas poderoso. Aquí, las fuerzas plutonianas sobrepujaron á las fuerzas neptunianas, y se hicieron soberanas del mundo; allá la operacion fué opuesta. En tal astro, combinaciones químicas permitieron á la electricidad, á los gases, á los vapores entrar en accion simultánea; en tal otro, esas combinaciones no pudieron producirse ó fueron reemplazadas por combates entre elementos de una naturaleza del todo diferente. Allí, tales influencias reinaron exclusivamente; aquí, fueron contrabalanceadas; mas allá, aniquiladas. Aquí, el oxígeno y el ázoe formaron con su mezela una cubierta atmosférica inmensa que pudo extenderse sobre la superficie entera del globo y cubrirla; nacieron séres organizados para vivir bajo esta capa permanente. Mas allá, el carbono dominó, revestido de propiedades heterogéneas; en otra parte, la atmósfera fué una *combinacion* de gases diversos, en lugar de ser una *mezela*; los líquidos acuosos fueron un cuerpo simple en vez de ser uno compuesto, y toda la creacion, desde el mineral inerte hasta la inteligencia, apareció bajo la forma y segun el modo mas en armonía con el estado del mundo.

Una pequeña dificultad particular nos queda quizá todavía, la de concebir un tipo *humano* diferente del nuestro. Pero esta dificultad depende únicamente, segun llevamos dicho, de la costumbre fatal que tenemos de no observar mas que los séres de nuestro mundo; y si tenemos cierta repugnancia en admitir la existencia de otros tipos, hay que atribuirle á nuestro modo de ver, limitado y puramente terrestre. Empero si consideramos que la organizacion humana es sobre la Tierra la suma de las organizaciones animales que se elevan hasta ella siguiendo los grados de la zoología terrestre, admitiremos del mismo modo que, en los mundos cuyo estado fisiológico difiere esencialmente del nuestro, y en donde la animalidad ha debido ser construida sobre una forma di-

ferente, el tipo humano que debe resumir allí como aquí las formas de las razas inferiores, difiere en el mismo grado de nuestro organismo terrestre. Sería sacar muy poco fruto del estudio de la Naturaleza, no querer comprender que ella obra necesariamente segun los agentes y las fuerzas que están á su disposicion, y creer obstinadamente, contra el conjunto de los testimonios mas positivos, que ha seguido una regla abstracta y arbitraria para la creacion de las formas físicas. Sostener que ha fundido á todos los hombres y á todos los mundos en un mismo molde, es discurrir contra su modo de obrar en todas las cosas y contra las leyes mismas que ella se ha impuesto para el gobierno de su imperio. Debemos añadir, no obstante, que siendo toda negacion una afirmacion en contra, fuera contradictorio con nuestros propios principios el negar absolutamente la posibilidad de individualidades humanas semejantes á la nuestra en otras tierras. Á pesar de las anteriores razones, es menester no perder de vista que siendo el plan divino profundamente misterioso para nosotros, no podemos profundamente fundarnos solo en la enseñanza de la Naturaleza de aquí abajo para emitir una asercion absoluta. Dios puede haber querido que la sustancia del alma fuese *una* y universalmente la misma; que fuese la fuerza agregatriz y la forma sustancial de todos los cuerpos; que un solo tipo fuese revestido por la raza pensadora, y haber ordenado las cosas de tal modo que este tipo existiese en todas partes, mas ó ménos modificado segun los mundos. Pero, volvamos á repetirlo, esta idea es puramente hipotética y no tiene ningun fundamento en la naturaleza.

Véase, pues, la conclusion mas prudente y la mas rigurosa que podamos deducir del espectáculo del mundo, y con la que podemos resumir de nuestro estudio:

I. — Las fuerzas diversas que estuvieron en accion en el principio de las cosas dieron origen en los mundos

á una gran diversidad de séres, ya en los reinos inorgánicos, ya en los reinos orgánicos ;

II. — Los séres animados fueron constituidos desde el principio con arreglo á formas y á un organismo en correlacion con el estado fisiológico de cada una de las esferas habitadas ;

III. — Los hombres de los otros mundos se diferencian de nosotros tanto en su organizacion íntima como en su tipo físico exterior.

II

INFERIORIDAD DE LOS HABITANTES DE LA TIERRA.

La Pluralidad de Mundos es una doctrina justa en el órden moral, y necesaria en el órden filosófico. — La idea de Dios y el estado de la Tierra. — Optimismo y pesimismo. — La Tierra es un mundo inferior; no puede ser única. — Gerarquía armónica de los Mundos. — Estado incompleto é inferior del nuestro. — Materialidad de nuestro organismo; su influencia. — Habitación de la Tierra reducida á su valor positivo. — Cuestiones fundamentales de lo Bello, de lo Verdadero y de lo Bueno; sus caracteres absolutos. — Principios universales, aplicables á todos los Mundos. — Axiomas de la metafísica y de la moral. — Los principios absolutos y universales constituyen la unidad moral del mundo y entazan todas las inteligencias con la inteligencia suprema.

Los estudios que acabamos de recorrer en el capítulo anterior, han tenido por objeto la naturaleza corporal y el estado de los habitantes de los otros mundos; ellos han hecho pasar sucesivamente bajo nuestra vista, las opiniones mas ó ménos fundadas que se han emitido sobre el género de habitacion de los planetas; han demostrado que todos los sistemas presentados para la colonizacion de los astros no tienen nada de sólido, y que todas las teorías que se pudieran imaginar no descansarían aun sino sobre suposiciones arbitrarias. El examen comparativo de la habitacion de los mundos ha establecido que una gran diversidad de naturaleza reina entre los hombres de los planetas. Volvamos á entrar ahora en el dominio de la filosofía, y prosigamos nuestros estudios por el lado de la ontología: reconoceremos que la diversidad que reina en el universo físico, desde los hombres de los mundos inferiores hasta los séres mas elevados entre